Globethics Repository



La reinvención de la juventud [The reinvention of youth]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Frazão Linhares, Celia
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-15 21:41:59
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219509

Nueva Sociedad Nro. 146 Noviembre-Diciembre 1996, pp. 168-180

La reinvención de la juventud

Celia Frazão Linhares

Célia Frazão Linhares: Doctora en Educación; profesora titular de Política Educacional en la Universidad Federal Fluminense, Río de Janeiro.

Palabras clave: juventud, educación, Brasil.

Resumen:
El tratamiento que hoy se le da tanto a la juventud propiamente dicha como a la idea de lo «juvenil», refleja la profundidad de la actual crisis cultural. Polarizada entre una idealización absoluta y un rechazo terminante, la juventud se divide en función de su inserción en el mercado de consumo, trabajo y conocimiento; para unos, la promesa del éxito social; para otros, la sobrevivencia y la exclusión. En este marco, las políticas públicas de reducción de gastos en educación, sumadas a la indiferencia respecto de experiencias educativas alternativas, no hacen sino reproducir esa suerte de limbo e infierno donde están las nuevas generaciones.

Hijo de Hombre, tú habitas en casa rebelde,
Ezequiel , XII, 2

La lucha entre las generaciones terminará por parecer tan relevante como la lucha de clases...,
Passerini

La reinvención de la juventud, en cualquier época pero especialmente en los periodos de aguda crisis e indefinición como el nuestro, trasciende la realidad empírica y los planes oficiales; es una cuestión que depende de múltiples confluencias e interdependencias sociales[1] que van circunscribiendo alternativas en las que está presente la producción de conocimientos –también traducidos en imágenes– que reflejan pero también repiten opciones para el futuro.

La compulsión de ser joven y el rechazo de la juventud

Nadie escapa hoy a la tentación de estar siempre joven. Para satisfacer esta demanda, existen grandes inversiones que permiten la expansión de una red de servicios que involucra desde clínicas de cirugía plástica hasta la fabricación y

[1] Norbert Elias: ***O Processo Civilizador***, Jorge Zahar Ed., Río de Janeiro, 1993.

comercialización de productos materiales y simbólicos. A partir de esta fascinación se crea una compleja construcción de la juventud como metáfora privilegiada de nuestra época, que trae como consecuencia un estilo de vida donde no faltan identificaciones con lo moderno así como una curiosidad desmesurada por los avances tecnológicos. A la vez, en esta metáfora encontramos modelos de éxito, eficiencia, fuerza, vitalidad y erotización de la existencia social, condimentados con viejos preconceptos sexistas, clasistas y racistas. No es pura coincidencia que los rasgos con que la juventud se valora sean los mismos con los que las políticas neoliberales van forjando complicidades en el imaginario popular en su intento de consolidar su hegemonía.

Por eso, esta metáfora, sin duda poética, está lejos de ser inocente. Al contrario, esa desviación del sentido arrastra una red de imágenes que, cuando se aceptan sin discusión, potencian la búsqueda de la novedad constante como un camino político y refuerzan un tipo de individualismo que debilita tanto el pasado como el futuro. El siguiente paso consiste en adherir a una especie de culto, que trata, en realidad, de ocultar que el blanco de estas operaciones se encuentra sólo en algunos tipos de jóvenes, trayendo como contra-cara la negación y la culpabilización de los otros que, a través de procesos concretos o sutiles, pasan a ser execrados públicamente.

Esta disputa por la apropiación política de la juventud no es, en absoluto, exclusiva de nuestra época. Si no quisiéramos ir mucho más atrás, hasta los griegos por ejemplo, vamos a encontrarla viva y pujante en la explotación que el fascismo y el nazismo hicieron de los jóvenes[2]. Pero sería bueno no detenernos ahí. La Revolución Cultural China, dramáticamente retratada por Chen Kaige en la película ***Adiós mi concubina*** también le concedió a los jóvenes un gran poder.

Si algunos historiadores afirman que incluso el concepto moderno de generación fue inventado por la Revolución Francesa[3], no podemos olvidar su vínculo tanto con la construcción de la fraternidad como de la escuela pública. De cualquier manera, en el fondo del imaginario occidental en que se reescriben los derechos y deberes de la juventud moderna, resuenan consejos bíblicos y exhortaciones de los coros griegos. En el Eclesiastés se advierte a los jóvenes que escuchen en silencio y pregunten con respeto; y más aún, se les recomienda privarse del habla propia cuando estén en presencia de los ancianos. Pasolini recuerda la insistencia del teatro griego que a través del coro, con su autoridad democrática de revelador

---

[2] Laura Malvano: «O mito da juventude transmitido pela imagem: o fascismo italiano»; Eric Michaud: «Soldados de uma ideia: os jovens sob o Terceiro Reich»; Luisa Passerini: «A Juventude, metáfora de mudança social. Dois debates sobre os jovens: a Italia fascista e os Estados Unidos da década de 1950» en Giovanni Levi: ***História dos jovens. A Época contemporánea***, Companhia das Letras, San Pablo, 1996.

[3] Sergio Luzanatto: «Jovens rebeldes e revolucionários: 1789-1917» en Giovanni Levi: ob. cit., p. 200.

de las verdades, afirma «la predestinación de los hijos para pagar la culpa de los padres»[4].

Aunque con frecuencia los jóvenes son considerados como «el futuro», en esa definición subyacen siglos de exhortaciones, cargadas de sentido, que no se desarticulan de un día para otro y pueden ayudar a entender la complejidad simbólica de la juventud, constituida al fin como una paradoja. Si esta es una época que hace un culto de la juventud, simultáneamente convivimos con una suerte de disgusto y frustración ante su conducta frente a los graves desafíos que el futuro le anuncia. Entre estas dos definiciones, podemos establecer jerarquizaciones –con responsabilidades y culpas– que definen las relaciones entre las generaciones, obstruyendo procesos establecidos.

Tampoco podemos minimizar la gran distancia y los antagonismos entre las expectativas de los jóvenes de las clases dirigentes y los de las clases subalternas. La conducción e, incluso, extremando las cosas, la transgresión, como iniciativa serían las virtudes atribuidas a los primeros; mientras que para los segundos el énfasis recaería en la subordinación disciplinada. La historia de la juventud trabajadora[5] –masculina y femenina– registra casos de extrema explotación y violencia en que los maestros o patrones se aliaban a los padres para el modelamiento y domesticación del joven, pues era necesario forjar al trabajador resistente; con golpes y escasez.

Pero, en verdad, lo que se hace más notorio en nuestra época es tanto un endiosamiento de la juventud como una recurrente frustración, una profunda decepción por sus elecciones y una gran incapacidad de reconocer, más allá de las trampas de las novedades, que profundizan lo mismo, las pistas con que los jóvenes –colectiva o individualmente– van construyendo caminos que prometen el avance hacia una sociedad más solidaria.

Si el modelo joven se ejerce con compulsión, lo mismo sucede con el antimodelo. Tanto el endiosamiento como el rechazo tienen una estrecha interdependencia con las prácticas sociales de nuestra sociedad clasista y jerarquizada. Es fácil verificar los tratamientos permisivos y privilegiados dirigidos a los ricos y promisorios jóvenes, a quienes casi todo se les permite, así como las discriminaciones humillantes, con profundas correspondencias con las políticas de exclusión oficializadas durante la práctica de la esclavitud, reservada a los pobres,

---

[4] Pier Paolo Pasolini: ***Os Jovens Infelizes. Antologia de ensaios corsários***, Ed. Brasiliense, San Pablo, 1990, p. 27.

[5] La idea misma de juventud, como hoy la entendemos, era hasta hace muy poco tiempo una categoría difícil de pensar dentro de la realidad de la pobreza. En Francia, Michelle Perrot ha estudiado la juventud trabajadora – masculina y femenina – en textos como ***Os excluídos da histôria***, Ed. Paz e Terra, Río de Janeiro, 1988 y en «A Juventude operária. Da oficina à fábrica» en Giovanni Levi: ob. cit., pp. 83-137. Además de estos textos, citaría el clásico libro de P. Ariès: ***Historia social da Criança e da familia***, Ed. Guanabara, Río de Janeiro, 1978 y el texto de F. Diez: ***Viles y mecánicos. La organización social del trabajo en la ciudad preindustrial, Valencia siglo XVIII***, IVEL, Valencia, 1990).

negros y otros grupos discriminados por esa misma sociedad hedonista y sedienta de opulencias.

Las tasas de homicidio, delincuencia y criminalidad asustan a la opinión pública por la concentración de jóvenes entre víctimas y autores. El desempleo alcanza a la juventud en tal proporción que sólo admite una leve comparación con el que afecta a los más viejos. El sida, la dependencia a las drogas y el narcotráfico también representan trampas hacia las que se va empujando a la juventud. Pero aunque ninguna clase o grupo social pueda enorgullecerse de estar exento de tales flagelos, sabemos que lejos de distribuirse aleatoriamente poseen una compleja lógica selectiva que torna a los pobres, en su lucha por la sobrevivencia, la clase más expuesta. Al mismo tiempo, todo esto hace que las marcas de la pobreza y de la miseria se conjuguen con las de la identidad sexual, de raza y etnia, entre muchas otras.

Tanto el endiosamiento de la juventud como su rechazo, con sus manifestaciones contrapuestas pero a la vez en interrelación, se han traducido en elevados desafíos y expectativas frustradas. Estudiando esa problemática, Margareth Mead acuñó la expresión «cultura figurativa»[6], describiendo que los jóvenes estarían casi obligados a enfrentar un futuro en el cual los adultos no se sienten en condiciones de penetrar y que, además, aun desconociéndolo, se perciben como una autoridad si se trata de explicárselo a las generaciones más viejas. En esa difícil tarea los jóvenes muchas veces se extravían, se consumen y devuelven la violencia con que nosotros, más viejos, impregnamos la sociedad; pero también descubren otras formas de acción política, difundiéndolas en la vida cotidiana. Entre tanto, la búsqueda de otros modelos provoca circuitos de odio y desesperación: «Los jóvenes de hoy prefieren el ***funk***, el ***rap***, el consumo, mientras que nuestra generación enfrentó las luchas políticas». ¿Cuántas quejas semejantes a ésta revelan hasta qué punto el «contrato narcisista» ya señalado por Freud sigue vigente en nuestros juicios?; ¿hasta qué punto el modelo de lo que «el joven» debería ser sigue preso de las expectativas engendradas en épocas anteriores? Además de éstas, necesitamos también abrir otro registro de preguntas: ¿cómo liberar a la juventud de la presión de seguir modelos si no somos capaces de revisitar la memoria, en tanto legado de conflictos, sueños y utopías que nos antecedieron para apropiarnos de ellos creativamente?

Para encontrarnos con la juventud necesitamos aproximarnos a sus maneras de vivir, deconstruyendo endiosamientos o condenas, devolviéndolos al tejido histórico que los constituye, de donde no podemos sustraer sus esperanzas, que aunque apuntan hacia el futuro tienen profundas raíces en el pasado como materia de recreación o reproducción.

Como no hay creación «ex nihilo», lo que sobra como materia disponible –por cuanto el pasado y sus historias abiertas estarían vedadas– son las victorias del

[6] Margareth Mead: ***Cultura y compromiso: el mensaje de la nueva generación***, Granica, Barcelona, 1977 (cit. en E. Sanchis: ***De la escuela al paro***, Siglo XXI, Madrid, 1991).

capitalismo industrial, constantemente refundado bajo la promesa de que algo nuevo se está produciendo: puro activismo que no sale del lugar y sólo ahonda las desigualdades. Pasolini intentó corroer la superficie del endiosamiento de los jóvenes y se enfrentó, con pasión y sinceridad, a las condiciones sociales de un nuevo fascismo que va uniformando a la juventud, apagando sus diferencias y empujándola hacia un enmudecimiento que funciona como una fuga de su propia infelicidad que a su vez, aunque dolorosa, podría servirle de llave para la reconstrucción de su dignidad. Por el contrario, la sociedad le ofrece una ilusión de valoración, inventándole una imagen vacía que rápidamente se puede llenar con el escape hacia las novedades, hacia la superficie circular del consumo.

Todo ese proceso, que niega el ejercicio de la elección, que abomina de la diferencia y los riesgos con que las vidas humanas se construyen, se alimenta de una compulsión por la novedad que usa a los jóvenes –y a su juventud– como un emblema con fines políticos para mantener y profundizar las desigualdades, como ya dijimos. Bajo la apariencia de lo nuevo, se rechaza la historia con su legado subterráneo de memorias, implicando siempre una actividad singular que involucra historias de vida atravesadas por la cultura política y económica de cada sociedad y de cada grupo.

Como nos recuerda Benjamin, «nada de lo que un día sucedió puede ser considerado perdido para la historia»[7]. La memoria supone un acervo infinito de luchas que aún no han terminado, guardadas en las historias que van alimentando nuestro esfuerzo por afirmar la vida; como una actuación creadora de quien rememora. Una historia siempre empuja a otra, otras, en un tejido sin fin. Todos sabemos, y muy bien, que «nuestros muertos no estarán vengados si el enemigo vence»[8], y esto es así porque el futuro se liga inexorablemente a las batallas y conflictos que no han encontrado solución y que dependen de que los reinscribamos en los nuevos espacios que podamos abrir en la historia. Y es ahí, volviendo a la imagen de la juventud como sujeto de explotación política, que vamos a encontrar la producción de la voracidad por la novedad. Una de sus caras es esa necesidad y urgencia por la circulación de informaciones difundidas por los medios. Cuanto más dependemos de ellas, más las consideramos imprescindibles sin advertir que con esa ansiedad nos exponemos a que nuestra práctica confirme, incesantemente, la fuerza del opresor que también nos va silenciando como narradores.

Quizá pudiésemos recordar la imagen de un fenómeno de la naturaleza, tan grata a los poetas, para metaforizar los vínculos entre el pasado, la génesis de los procesos y la construcción de caminos nuevos: el regreso de los peces al nacimiento de los ríos, con un movimiento inverso al sentido de las aguas, hacia el desove y la multiplicación de la vida.

---

[7] Walter Benjamin: ***Obras escolhidas. Magia e Técnica, Arte e política***, Ed. Brasiliense, San Pablo, 1993, p. 223.
[8] Ob. cit., pp. 224-225.

¿De qué juventud hablamos?

Como decíamos, el tema de la juventud se reinventa para servir a intereses no siempre claros y nobles. Quizá por eso su tratamiento se ha ido deslizando no sólo hacia idealizaciones y generalizaciones, sino también hacia verificaciones empíricas, como las encuestas de opinión, que parten de preguntas con gran atracción publicitaria. En el primer caso, la distorsión nos impone una idea de juventud como realidad homogénea, más allá de los conflictos y problemas de los jóvenes en su vida cotidiana, donde se conjugan las marcas individuales con las de clase, raza, etnia, sexo y religión entre otras; en el segundo, el desfase se produce por la fragmentación indiscriminada que debido a la ausencia de nexos llega a convertirse en caos. Una y otra se vuelven empobrecedoras pues se las ha desgajado de la Historia obstruyendo el acceso al sentido que justificaría la «investigación».

De cualquier manera, estos tratamientos del tema han sido tan confundidos con la «verdad científica» que prestaron «relevantes servicios» en la difusión y consolidación de prejuicios, fortaleciendo los espejos deformados donde los jóvenes y la sociedad se miran y modelan. La problemática no es, sin embargo, uniforme, e incluso desde el punto de vista individual, tiene las marcas de los conflictos y promesas de cada sociedad, entretejidas tanto por la producción material como simbólica.

El tema es vasto y difuso porque entre jóvenes y juventud hay relaciones que precisan definiciones. Redefiniciones que van mucho más allá de las controvertidas relaciones biológicas y se unen a los espacios de integración y legitimación social con reglas propias, tejidas por cada grupo, pero que tienden a articular no sólo pasajes por las instituciones escolares y preparatorias para la vida productiva y adulta sino también periodos de transición e ingreso tanto en las ocupaciones remuneradas como en la sistematización de las prácticas personales.

En los periodos de crisis, todo el acervo social se cuestiona. Con los cambios, existe la necesidad de comprobar qué antiguas instituciones sociales tienen respuestas y espacios para sobrevivir, cuáles necesitan ser revitalizadas con nuevos sentidos y cuáles se muestran obsoletas y necesitan ser sustituidas. Así, ser joven, adulto, viejo o niño va tomando nuevas significaciones que son atravesadas por disputas políticas, presentes tanto en la producción y distribución de bienes económicos como en la apropiación de saberes y conocimientos. Cualquier discusión profunda sobre la cuestión de los jóvenes debe articular estas dimensiones, que se relacionan con la actual crisis de la racionalidad y la cultura política, intensificada con las tecnologías inteligentes, pero sin perder de vista las dimensiones locales y regionales.

Jóvenes en el país del futuro

Crecimos en el país del futuro y como fuimos durante muchos años portadores de una desmedida carga de esperanza, nos cuesta sacarla de nuestros hombros sin

exponernos a cierta indefinición que puede ser vivida como alivio y apertura de nuevos caminos, pero también puede llevarnos a una falta de marco de referencia. Sin una carga identificatoria es posible que nos sintamos nostálgicos, como si hubiésemos perdido un pasado que no llegó a cumplir sus promesas; pero también podemos sentir reacciones colectivas de revancha por un engaño inaceptable, vengando con violencia, la violencia que desde épocas fundacionales las elites brasileñas han practicado contra el pueblo en una especie de reflejo de la imagen de Caliban.

Como consecuencia de este cuadro hay una gran perplejidad, que convive con la necesidad de análisis de los cambios objetivos, tanto más rápidos que aquellos que componen el imaginario colectivo y las expectativas subjetivas, con sueños y afectos que no ceden fácilmente. Comencemos por recordar cómo el imaginario político del brasileño se apoyó en la confluencia de las esperanzas en el futuro, sostenidas no sólo en el hecho de ser una nación mayoritariamente joven sino en la misma juventud de la nación; datos además sobredimensionados gracias a nuestra extensión continental y a los recursos naturales y culturales, siempre ensalzados.

Nos comparábamos con el Viejo Mundo, saturado de tradiciones, para aventurarnos en la riqueza de las páginas en blanco donde iríamos a escribir otra historia. Incluso fue posible soportar injusticias y opresiones seculares, acumuladas históricamente sobre nosotros, en tanto repetíamos que el futuro –como una forma del progreso inexorable– nos pertenecía. Todos los días comprobábamos las sorprendentes conquistas de la ciencia y la tecnología. Vimos cómo la escuela fue ampliando lentamente sus espacios, incluso al precio de debilitarse pedagógica y políticamente. Pero es cierto, sus caminos en ascenso se entrelazaron con el crecimiento industrial, lo que iba confirmando una identidad de integración nacional ***pari passu*** con la integración económica. Escuela y empleo iban de la mano.

Toda una sinfonía teórico-doctrinaria mecía nuestras esperanzas. Las confluencias entre evolucionismo –con secuencias de fases y umbrales y confianza en el progreso–, socialismo y marxismo, que seducían con la fuerza de la solidaridad organizativa de los trabajadores, tejían un panorama que nos hacía confiar en el futuro, en una historia que nos haría justicia[9]. La revolución cubana, la resistencia y finalmente la derrota que los vietcongs impusieron a Estados Unidos –con todo su poderío bélico, económico y tecnológico– nos llenaban de esperanzas. No fue en otro sitio sino en la capital de la miseria brasileña –Recife– donde, en medio de nuestros conflictos entre la opresión de la miseria y la promesa de emancipación, Paulo Freire lanzó las semillas de una pedagogía, para ejercerla como práctica de libertad que fue concebida especialmente como una

[9] Las doctrinas que explicaban el desarrollo a través de la importancia del clima, de la raza y la religión cada vez que se explicitaban, se las cuestionaba con una retórica primorosa que protegía la continuidad de los sueños.

herramienta para que el oprimido usara en la búsqueda de su propia emancipación y la de toda la sociedad.

Los movimientos institucionales iban creando una realidad nueva con victorias como la creación de Petrobrás, de Centros de Cultura Popular y la propia ***bossa nova***, que iban vertebrando el país con la impresión de que el futuro, de hecho, iba a llegar y, para eso, recibíamos las reformas de base como estímulos para un desarrollo sin el cual no podríamos siquiera aspirar a la paz. Desarrollo social y no crecimiento económico. Las elecciones y las conductas políticas de los gobiernos populares comenzaron a expresar la presencia de organizaciones de trabajadores, campesinos y estudiantes cuando fuimos silenciados por los tiros de cañón, instalando una etapa de dictámenes donde el continuismo de los intereses ejercitaba nuevos instrumentos de terror, como la desaparición de opositores políticos.

El escenario estaba listo, con un parque industrial que se ampliaba; había crecimiento y concentración de la renta y expansión de la matrícula escolar, especialmente la universitaria, que se privatizaba; estaban también los campeonatos mundiales de fútbol ganados por Brasil: «¡Nadie alcanza a este país!», «¡Adelante Brasil!», «Brasil: ámelo o déjelo». Cada una de estas consignas delataba el parentesco que la dictadura asumía con el nazi-fascismo, estableciendo complicidades con cierta imagen de la juventud. Juventud apolítica, que estudiaba y/o trabajaba pero ante todo obedecía y esperaba los frutos siempre postergados de la producción: «La torta debía crecer primero para ser distribuida después» según la máxima impuesta, como una ley, por uno de los más duros ministros de aquel periodo.

Revisemos la democracia política, pero con su fuerte carga de separatismos y autoritarismos, y nos enfrentaremos con la opresión de una economía productiva, tecnológica, pero también concentracionista y excluyente. Nos encontraremos separados por abismos en que, por un lado, quedan los sueños rotos de una democracia que se enclaustra en gabinetes y es rica en lo que hace a distribuir favores y terrores. Pero, a diferencia de otros tiempos, la actual situación incluye entre sus defensores y beneficiarios a muchos de aquellos que –lo sé– lucharon por la recuperación de la libertad: son los que refuerzan el fatalismo, hacen la apología de la ingobernabilidad, convalidando a los gobernantes en sus arbitrariedades y empujando a la política al juego del espectáculo en que está prohibido el disenso, permitiéndose sólo manifestaciones de aplausos.

Los abismos también separan los discursos de la realidad, haciendo de los significantes signos vacíos y aleatorios, con perjudiciales consecuencias políticas. Rubio[10], analizando la realidad argentina, señala que el desfase que separa el discurso oficial de la realidad concreta y vivida provoca la sustitución de la «convicción consensual» por la sumisión jerárquica a la autoridad. De esta fractura

[10] Luiz Rubio: «Argentina, promessa nao cumprida» en A. Cueva (org): ***Tempos conservadores***, Huitec, San Pablo, 1989.

cultural deriva un divorcio entre significante y significado, que minimiza a éste y hace del primero un signo vacío. Un significante arbitrario, con graves consecuencias en la política y en la ética.

A diferencia de otras naciones en que existe el régimen de castas, vivimos en una democracia declarada. Nuestra Constitución habla de la igualdad de todos pero nuestra vida cotidiana es un escenario donde los derechos se transforman en privilegios para algunos a la vez que les son negados a las mayorías. Cada vez más, a aquellos que están separados por el abismo de las clases –sobre todo si a éstas se agregan otras marcas estigmatizadas socialmente–, se les hace difícil identificarse como «semejante» o prójimo[11].

Si en el pasado apañamos la esclavitud con un cristianismo que profesaba la fraternidad, de él también heredamos las historias de los quilombos, de las ***capoeiras***, de las madres de leche. Hoy, con la escuela pública destruida, con la concentración de la renta y el agravamiento de las exclusiones sociales, los niños de las diferentes clases se ven desde muy temprano como seres marcados por desigualdades históricas que se profundizan y, a pesar de las palabras piadosas, aprenden a tratarse como adversarios y enemigos en la lucha por los caminos hacia los espacios públicos.

Si no tenemos el fundamentalismo del mundo árabe, las guerras y genocidios de los países africanos, ni la violencia étnica de Bosnia, vivimos una guerra civil generalizada a lo largo del territorio nacional en la que la más simple aproximación de un niño pobre puede representar una amenaza fatal. El clima de violencia global, ciertamente no se alcanza a explicar con argumentos economicistas, aunque no podemos dejar de ver evidencias muy crueles, productos del desempleo que se camufla en el mercado informal[12], pero que se desborda con el aumento de quienes viven en la calle, con el crecimiento del número de niños y jóvenes que venden mercancías en las esquinas o que engrosan las bandas de delincuentes que asaltan o participan del narcotráfico[13] y que hacen de las matanzas y los homicidios realidades cotidianas y sin perspectiva de solución.

Recientemente, un informe del Banco Mundial, leído en relación con las informaciones del IBGE, demostraba que Brasil está considerado como campeón

---

[11] Jurandir Freire Costa: «A Devoraçao da Esperança no Próximo en Folha de Sao Paulo», Caderno Mais, 22/9/96.

[12] Gracias a los recientes datos proporcionados por el Ministerio de Trabajo, sabemos que más de dos millones de puestos de trabajo suprimidos por las empresas en los años 90 desembocaron en el mercado informal. Si en 1990 la mitad de los trabajadores contribuían con la previsión social, hoy sólo el 43% paga para tener servicios (***Folha de Sao Paulo***, 15/9/96). Estos datos no ocultan tanto los peligros de una previsión social que no deja de debilitarse cuanto la situación de trabajadores que tienen cada vez menos condiciones de garantizar su futuro.

[13] Todo bajo el fuego cruzado de una policía extremadamente comprometida con el fortalecimiento de las elites, a través de la cual se permite e incentiva la entrada en nuestro país tanto de armas –como la 115– como de drogas.

de la desigualdad social[14]. Clasificaciones como esta convergen con expresiones como «brasileñización de la economía», usada para significar la diferenciación exponencial entre niveles salariales[15]. Recorriendo informes de organismos internacionales confirmamos que en números absolutos Brasil tiene el mayor número de asesinatos de América Latina, comparativamente seis veces mayor que en los países ricos, y también muy superior a los países de Asia y de la misma Africa. La mayor concentración de víctimas está entre los jóvenes que no pasan de los 26 años[16].

Todos los elementos mencionados muestran que si bien la sociedad brasileña no puede ser considerada pobre[17], es profundamente injusta. Las promesas históricamente repetidas, que recibieran apoyo popular en la construcción de la nación, no pueden estar ausentes del escenario público sin que se produzcan en la sociedad conmociones incontrolables. Psicoanalistas como Calligaris o Costa[18], al analizar la cultura brasileña perciben que la violencia en Brasil se alimenta de otras fuentes además de la opresión económica. El primero observa que los asaltos no se reducen a la obtención de bienes materiales: la violencia alcanza al cuerpo, al otro, visto por la lógica de la guerra como el enemigo. El segundo insiste en la dilapidación de la esperanza, una cultura fracturada donde la élite desarticula la consolidación de lazos de fraternidad. Esta no es una idea ajena a cientistas políticos como Emir Sader[19], entre otros, que analizan críticamente el principio de ingobernabilidad, tan pregonado por el Consenso de Washington. Lo que está en cuestión son los límites de la democracia en su concepción y práctica liberal y burguesa, imposibilitada de atender las demandas sociales frente a las exigencias de sus compromisos con el capital en detrimento del trabajo. Los conflictos crecen entre lo que la sociedad pide –para atender sus derechos– y los límites del Estado capitalista– asfixiado por compromisos fuertes y concentrados en este periodo de globalización de la economía y la política.

Sin salida a la vista, se recurre a la educación con un acuerdo consensuado. En cualquier debate sobre la violencia y la problemática nacional los indicadores sobre los cuales siempre hay acuerdo son aquellos que insisten en lo imprescindible de la educación, de la escuela, de la circulación del conocimiento.

---

[14] Después de Brasil, los países con peor distribución de la renta son Guatemala, Sudáfrica, Kenia, y Zimbabwe (***Folha de Sao Paulo***, 9/7/96). Lo que hace más grave esta afirmación es su confrontación con el poder de una economía considerada entre las diez más promisorias en el ámbito internacional.

[15] La expresión fue usada por Enric Sanchis, cit.

[16] «En un panorama económico el Banco Mundial mostró el impacto negativo que ese tipo de violencia tiene en la economía del país. Especialmente si fuese considerada ***tout court*** la producción potencial de esas víctimas» (***Folha de Sao Paulo***, 2/7/96).

[17] Justamente por eso, la desigualdad creciente se vuelve más difícil de ser tolerada, por la confrontación con las riquezas, las promesas y la indiferencia de las clases dirigentes. Finalmente, podríamos recordar a José Américo de Almeida cuando en su libro ***A Bragaçeira*** afirma que el hambre es una cuestión mucho más dolorosa cuando se vive en la tierra de Canáan.

[18] Contardo Calligaris: ***Hello Brasil***, Ed. Escuta, San Pablo, 1993; «A Praga Escravagista brasileira» en ***Folha de Sao Paulo***, Cuaderno Mais, 22/9/96; Jurandir Freire Costa: ob. cit.

[19] Emir Sader: «O pequeno Príncipe da ingovernabilidade» en ***Jornal do Brasil***, 23/9/96.

Viejas sentencias como la de Victor Hugo, «abrir una escuela es cerrar una cadena» vuelven con vehemencia y como aspiración general de la sociedad. Incluso sin caer en el mesianismo pedagógico –que atribuye a la escuela el poder de transformar la sociedad, de ofrecer instrumentos racionales para la construcción de la igualdad y el ejercicio de la ciudadanía que, como sabemos, necesita mucho más que las escuelas pues necesita relaciones de trabajo, relaciones políticas marcadas ambas por el respeto al otro, es decir, por el cuidado ético que se contrapone a cualquier tipo de violencia– sabemos que la escuela, como un espacio prolongado y sistemático de aprendizajes universales y reflexivos, puede hacer contribuciones intransferibles en la elaboración y potenciación de proyectos emancipatorios.

Finalmente, la historia proporciona registros de cómo la puesta en circulación de las letras, de la palabra escrita –entre otros factores– fue facilitando una desarticulación de las relaciones pasionales y posibilitando una arquitectura racional con múltiples mediaciones en que el proceso civilizatorio se viene apoyando[20]. Pero, a pesar de esta aparente unanimidad –que supone sin embargo proyectos opuestos de educación y de sociedad[21]–, lo que tenemos es una combinación perversa entre acuerdos económicos internacionales –con gran poder de producción, pero también de concentración de bienes y, consecuentemente, promotores de desempleo y de empobrecimiento de las clases trabajadoras– con la liberación de cláusulas para la represión[22].

Las políticas privatizadoras, que van reduciendo el tamaño del Estado, dejando sin atención las demandas sociales de educación, exigen una fuerza policial de proporciones equivalentes a la violencia con que se van demoliendo derechos ya conquistados o por conquistar. Con la crisis fiscal, el Estado democrático prioriza sus compromisos con el capital; así la escuela va decayendo rápidamente, para ocupar lugares asistenciales que le corresponderían a otras instituciones. Pero la caída parece no tener límites, convirtiéndose en una especie de depósito infanto-juvenil que sólo parece tener la función de retirar de la calle «gente peligrosa». Además, les enseña, con negligencia y disciplina, el autodesprecio, mostrándoles en ***avant première*** la dureza de las prisiones, reservadas a los que no aceptan las pérdidas de sus sueños personales y de las utopías colectivas.

La lógica entonces parece más clara: en el revés de una escuela con conocimientos y métodos participativos, la reforma de la enseñanza, en marcha, instala televisores en cada establecimiento, sobre todo como una modalidad de silenciar a los profesores y de enseñarles a depender del flujo interminable de las noticias. Noticias pedagógicas. A su vez, el problema salarial –que se suma a la

---

[20] Norbert Elías: ob. cit.

[21] Celia Frazão Linhares: «Qualifucaçao de professores: a produçao histórica das novas tecnologías e as possibilidades emancipatorias da escola» en ***Contexto & Educaçao*** 8/31, pp. 13-25.

[22] Noam Chomsky ejemplifica con el caso del TLCAN demostrando que ésta es una constante en la lógica neoliberal (en Célia Frazao Linhares y Regina Leite García (orgs.): ***Dilemas de um final de século***, San Pablo, 1996).

falta de perspectivas de la carrera docente– viene expulsando a los profesores de la escuela por la vía de la renuncia o del abandono no oficializado, o por transferencias y licencias de diferentes órdenes.

Lo que no podemos dejar de mencionar es cómo la solución neoliberal, que dirige los avances tecnológicos, promueve un «sube y baja» en que aumentar las dotaciones de la policía rebaja la institución escolar, tornando difícil su trabajo de construir perspectivas de solución, mediadas por la apropiación y circulación del conocimiento. De esta manera, preparan lo que demagógicamente se propone a combatir: la violencia de la que se alimenta la barbarie. Sin escuelas donde sea ejercida la palabra, la elaboración del lenguaje y del pensamiento, estaremos entregados a la ley de la bala[23], a las órdenes de los instintos, a las dificultades crecientes para elaborar proyectos.

Pero incluso en medio de las carencias múltiples de la sociedad y el Estado que le quitan a la juventud figuras e instituciones que representaban alguna seguridad, los jóvenes continúan dando señales de imaginación. Pistas difíciles de detectar, si no somos capaces de romper los pactos narcisistas. La vitalidad de las contribuciones de la juventud podría ser contrastada con la radicalidad de las pérdidas: primero, de los modelos que las generaciones más viejas siempre proporcionaron a las más nuevas; segundo, del propio Estado, que ahora se hace objeto de la reducción y el aniquilamiento. Pero como cruel ironía, la reducción encarada acentúa sus deformidades esclavistas, patriarcales y patrimonialistas, que siempre cobijaron a los más fuertes y privilegiados, y que estimulan ahora a las elites a desconocer los reclamos de los que no aceptan encuadrar sus vidas como «sobras de producción».

En Brasil, incluso con la expansión del sistema de enseñanza, aún tenemos más de la mitad de la población que no llegó a tener cuatro años de escolaridad, cuando las condiciones de participación política, cultural y económica exigen cada vez más un número mayor de años de instrucción escolar como una cualidad del saber radicalmente vinculada a la vida y los deseos de afirmación de los alumnos y maestros. Aunque las tasas de analfabetismo muestren alguna reducción, entre las necesidades educacionales y las respuestas hay un abismo de proporciones enormes. La negación del estudio, del conocimiento, se da la mano con la falta de perspectiva de empleo, tierra, casa, de transporte, que se van conjugando en una negación de la vida y de las esperanzas[24].

El cine nacional va registrando la desesperación de los jóvenes brasileños, que hacen el camino de vuelta desde su país al de sus abuelos, en busca no de un Eldorado, sino de un país que les reserve alguna posibilidad de trabajar y tener

---

[23] Celia Frazão Linhares: «Oziel no Eldorado dos Carajás: Terra e Palavra negadas» en ***Tecnología educacional*** 25/129, 3-4/1996, p. 40.

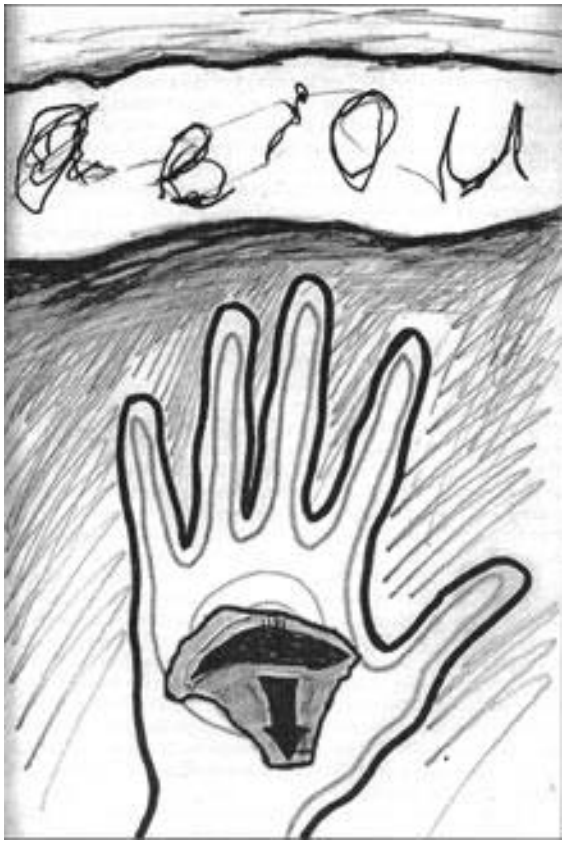
[24] Celia Frazão Linhares: «Trabalhadores sem Trabalho e seus Porfessores» en Nilda Alves: ***Formaçao de professores: pensar e fazer***, Ed. Cortez, San Pablo, 1993.

proyectos de dignidad. Ese es el tema que ***Tierra extranjera***, de Walter Salles, nos muestra con la contundencia de una tragedia.

Pero aún no hablamos de las pistas –que deseamos explicitar– con que los jóvenes –algunos jóvenes– van respondiendo a los desafíos de este fin de siglo. En primer lugar, vale la pena detenernos en la acción política con que ellos vienen impregnando la música desde los años 60[25]. Música de protesta que ha encontrado representantes geniales en Chico Buarque de Holanda, Geraldo Vandré, Caetano Veloso, el mismo Cazuza y, más recientemente, en los años 80, Gonzaguinha. Actualmente el ***funk*** y el ***rap*** mezclan experimentos políticos con ritmos y movimientos en la periferia de nuestras ciudades. Nada nos parece más prometedor que las escuelas con que los jóvenes sin tierra vienen vinculando la educación con un sentido radical para comprender este país y las salidas que necesitamos construir. Hay otros ejemplos que no quisiéramos dejar de mencionar. Por ejemplo, la campaña por la ética en la política, bajo la dirección de la juventud, que tuvo su clímax en el «impeachement» del presidente Collor, como una demostración inequívoca del deseo nacional por la construcción de un proyecto de democracia en que la honestidad sea un umbral para la justicia.

Aunque estos sean ejemplos muy visibles, no podemos desconocer que trabajos menos visibles y hasta subterráneos tienen dimensiones políticas nada despreciables. Todavía necesitamos inventariar múltiples proyectos alternativos de escuela que vayan funcionando como un verdadero laboratorio de educación popular, como tentativas de construir una sociedad más libre y solidaria.

[25] Emir Sader: ***O Anjo Torto, Brasiliense***, San Pablo, 1995, p. 113.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista